

Revista de Pastoral Juvenil

MISIÓN Joven



Separata
MJ 576-577 (Enero-Febrero 2025)
estudios

Páginas 19-32

Un latido de gracia y de perdón:
el Jubileo a través de los siglos

FRANCISCO JAVIER ALCEDO RUIZ, SDB

Un latido de gracia y de perdón: el Jubileo a través de los siglos

FRANCISCO JAVIER ALCEDO RUIZ, SDB

Estudiante de Teología Dogmática en UP Comillas

www.culturayfe.es

Síntesis del artículo

El artículo recorre la historia de los jubileos, desde su institución en 1300 por el papa Bonifacio VIII hasta el actual convocado por el papa Francisco. Como un latido de gracia y un eco de perdón divino, la institución del Jubileo resuena a través de los siglos, desde el antiguo *yobel* hebreo hasta la Roma actual, que cada veinticinco años abre sus brazos al mundo, ofreciendo un bálsamo para el corazón y un tiempo de renovación espiritual. Indagaremos sobre el sentido del Jubileo, descubriendo en Cristo al verdadero Jubileo, que pedagógicamente cada veinticinco años nos recuerda el rostro de la misericordia del Padre a aquellos que peregrinamos con esperanza.

#PALABRAS CLAVE: Jubileo, misericordia, gracia, papado, puerta santa.

Abstract

The article traces the history of jubilees, from their institution in 1300 by Pope Boniface VIII to the current one convened by Pope Francis. Like a heartbeat of grace and an echo of divine forgiveness, the institution of the jubilee resonates through the centuries, from the ancient Hebrew yobel to present-day Rome, which every twenty-five years opens its arms to the world, offering balm for the heart and a time of spiritual renewal. We will explore the meaning of the jubilee, discovering in Christ the true jubilee, which pedagogically every twenty-five years reminds us of the face of the Father's mercy to those of us who journey with hope.

#KEYWORDS: jubilee, mercy, grace, papacy, holy door.

El latido constante de la gracia de Cristo cobra un ritmo especial durante cada Jubileo. Gracia y perdón son la sístole y la diástole del Sagrado Corazón de Jesús, cuyo ritmo se hace más palpable durante el Año Santo. Al igual que el cuerno del carnero (*yobel*) hacía palpar el corazón de los pobres de Israel, la apertura de la puerta santa marca el inicio de un

encuentro profundo entre la bondad de Dios y la fragilidad del hombre.

El ser humano, que siente en su interior la escisión profunda causada por el pecado, necesita abrirse a la gracia y al perdón siempre accesible de Dios, que no se cansa nunca de perdonar. Sin embargo, Dios no impone su misericordia; su amor por nosotros es

tan grande, que nos concede la libertad para aceptarlo. En cada Jubileo, tenemos una oportunidad nueva para confrontarnos con la realidad de nuestra existencia y a sentir la llamada del Señor que sueña con reoxigenar nuestro corazón frágil para que bombee su propia sangre. El Jubileo es una manifestación tangible del amor de Dios, convirtiéndose en un impulso espiritual que marca el tiempo para los fieles, recordándoles la necesidad constante de acercarse a Dios y buscar su ternura¹.

En este artículo nos adentraremos en la historia de los jubileos, reflexionando sobre sus raíces y el propósito de su periodicidad. Recordaremos sus motivaciones iniciales para extraer de ellas luz para el presente. Nos preguntaremos por el sentido de su celebración así como el porqué de su cadencia cada veinticinco años. Abordaremos cómo la Iglesia adoptó una tradición bajo el nombre de Año Santo. Instituido por Bonifacio VII en 1300, el Jubileo ha querido ser, desde sus inicios, una invitación a experimentar la misericordia de Dios y su bondad infinita.

1 Raíces del Jubileo: Del yobel/hebreo al eco de Cristo en la Iglesia

La bula de convocatoria del Jubileo actual, llamada *Spes non confundit* evoca la antigua tradición papal de convocar un año de gracia que pueda ser para todos un momento de encuentro vivo y personal con el Señor Jesús, «puerta» de salvación [n. 1]. Este oasis de espi-

¹ Con estas palabras el papa Francisco definía el corazón del jubileo ante los organizadores de la exposición "Antiquorum habet" dedicada a la historia de los jubileos el 19 de enero de 2017: «Hay un elemento esencial, el corazón de cada Año Santo, que nunca debe perderse de vista: en el Jubileo se dan cita la bondad de Dios y la fragilidad del hombre, que necesita siempre el amor y el perdón del Padre. Es propio de Dios, ser misericordioso y sobre todo en ello se manifiesta su omnipotencia».





ritualidad, hunde sus raíces en una tradición mucho más social del mundo judío conocida como *yobel*. Durante este año de gracia, detallado en *Lv* 25,8-14, el sonido del cuerno del carnero anunciaba cada cincuenta años el descanso de la tierra, la condonación de las deudas, la liberación de esclavos y el retorno de las propiedades a sus dueños originales. Esta tradición, concebida en una sociedad donde la pobreza era la norma, era un recordatorio de la soberanía de Yahveh y un mecanismo para frenar los abusos.

Aunque hay pocas evidencias históricas de su implementación, los profetas Isaías y Ezequiel aluden a estos principios, vinculándolos con la liberación y la esperanza. Jesús, al inaugurar su ministerio, citando al profeta Isaías proclama con su ministerio ese «año de gracia» (*Lc* 4,18-21), reinterpretando el Jubileo como un símbolo mesiánico de liberación universal.

En el cristianismo, el concepto del Jubileo, procedente de la palabra latina *jubilare* (“estallar de alegría”), evolucionó hacia una celebración espiritual centrada en el perdón de los pecados y la reconciliación con Dios. La decisión del papa Bonifacio VIII de instituir oficialmente el Jubileo en 1300 no fue un acto espontáneo ni aislado, sino que hunde sus raíces en la tradición eclesial. El papa Francisco en *Spes non confundit* [n. 5] nos recuerda cómo la Iglesia ya experimentó la gracia jubilar durante el gran perdón que Celestino V quiso conceder a los peregrinos de la Basílica de S^a M^a de Collemaggio en L'Aquila (1294), o con la indulgencia concedida por Honorio III a san Francisco para aquellos que visitaran la Porciúncula los dos primeros días de agosto de 1216, o la concedida en 1122 por Calixto II para los peregrinos de Santiago de Compostela.

2 La creación del Año Santo en 1300: origen del primer Jubileo

El primer Jubileo de la historia resuena en una de las obras cumbres de la literatura italiana. Dante Alighieri, que escribiría pocos años después la primera parte de *La Divina Comedia*, recuerda algunos de sus momentos. La retina del padre de la literatura italiana, que muy probablemente había sido peregrino aquel año en la ciudad eterna, albergaba los recuerdos de uno de los mayores hitos de la historia medieval. En el canto XVIII de *Inferno* menciona la enorme afluencia de peregrinos que acogió Roma durante el año 1300, convocados por el papa Bonifacio VIII. El poeta compara el flujo de las almas con la masa de peregrinos que se desplazaban por Roma durante el Jubileo:

«Igual que los romanos han dispuesto, cuando es el Jubileo, que el gentío deambule por el puente de este modo, y los de un lado miran al castillo y marchan a San Pedro, y los del otro se aprietan y caminan hacia el monte».

(*Inferno*, XVIII, 28-30)

Su mención del Jubileo de 1300 es una muestra de la ingente cantidad de peregrinos que el cardenal Jacopo Stefaneschi describe de manera pormenorizada en una de las obras que dan testimonio del éxito de la convocatoria: «Dentro y fuera de las murallas de la ciudad se amontonaba una densa multitud, cada vez más a medida que pasaban los días y muchos quedaban aplastados entre la multitud». Su *De centesimo seu Jubileo anno liber* es uno de los mejores testimonios de la época, en el que narra entre otros asuntos, el origen de este primer Jubileo y las repercusiones de la gran peregrinación a Roma. Así comienza su relato:

«Un rumor difundido, incierto y casi desprovisto de credibilidad aparente, había llegado al Romano Pontífice [...] prometía que tal habría sido la virtud de aquel año [1300] que cualquiera que fuera en Roma a la Basílica de San Pedro, Príncipe de los Apóstoles, habría obtenido la absolución total de todos los pecados».

La Nochebuena de 1299 fue testigo de la multitud de peregrinos que participó de las celebraciones en la Basílica de San Pedro. Alentados por el rumor de que se concederían indulgencias excepcionales con el cambio de siglo, el día 1 de enero de 1300 una turba de peregrinos y romanos se dirigió de nuevo hacia la Basílica de San Pedro con el deseo de recibir dicho perdón. Nos dice Stefaneschi: «la fe y la asistencia de ciudadanos y extranjeros comenzaron a aumentar día a día, algunos afirmaban que el primer día del año secular se borraría la mancha de cada pecado». La ausencia del papa aquel día, no frenó el fervor del pueblo, que el 17 de enero, durante la procesión del paño de la Verónica, venerada en esta época en la ciudad eterna, insistió en su petición a Bonifacio VIII de la indulgencia plenaria.

Bonifacio, favorable al *sensus fidelium*, sabiendo acoger aquellas aspiraciones escatológicas de los cristianos, examinó la cuestión. A pesar de no haber encontrado testimonios históricos que justificaran su actuación, el sumo pontífice, escudado en el testimonio oral, proclamó la bula del primer Jubileo de la historia el 22 de febrero de 1300, que precisamente comenzaba diciendo: «Antiquorum habet fida relatio (Los antiguos tienen un informe confiable)». Un fragmento de un fresco del pintor italiano Giotto inmortalizó este acontecimiento histórico que se conserva en la Basílica de San Juan de Letrán.

La bula, promulgada el día de la cátedra de san Pedro, da una serie de indicaciones sobre la obtención de la indulgencia de los peca-

dos. Retrotrae su inicio a la navidad del año anterior y establece las celebraciones de los sucesivos jubileos cada cien años. Enraizando esta novedad en la antigua tradición cristiana, el documento establece para aquellos que visiten las basílicas de San Pedro y San Pablo, bajo unas condiciones, la obtención de la indulgencia plenaria. En su *Crónica Universal* narra Giovanni Villani, un comerciante y cronista de la época, cómo se podía obtener la indulgencia plenaria:

«Cualquier romano que visitase en el transcurso de dicho año, durante treinta días seguidos, las iglesias de los bienaventurados apóstoles, San Pedro y San Pablo, y por quince días los demás pueblos universales que no fueran romanos, a todos hizo pleno y entero perdón de todos sus pecados, habiendo confesado o confesándose, de culpa y de pena».

Este exitoso Jubileo, que había engrosado las arcas vaticanas, no sólo fue un evento religioso, sino que tuvo repercusiones políticas, económicas y sociales. Roma, entonces una ciudad modesta y poco preparada para grandes multitudes, experimentó una afluencia masiva de peregrinos que impulsó el comercio y la economía local. Villani cifra «doscientos mil peregrinos, además del pueblo romano», otros como Guglielmo Ventura hablan de «dos millones de hombres y mujeres». Artesanos, vendedores y posaderos encontraron una fuente de ingresos significativa en los peregrinos que llegaban de todas partes de Europa (España, Italia, Hungría, Alemania, Las Galias...).

El Jubileo, clausurado el 24 de diciembre de 1300, ayudó a consolidar la autoridad del



papado. Bonifacio VIII ostentó un papado complejo y tortuoso, y sobre todo muy controvertido, debido a su enfrentamiento con Felipe IV el Hermoso. Se había alzado como nuevo pontífice, con la intención de dar un nuevo esplendor a la teocracia pontificia, cuyas reformas habían iniciado sus predecesores Gregorio VII e Inocencio III.

Su pontificado cerrará la historia de la Iglesia medieval hacia una Iglesia desligada cada vez más de las ataduras de su poder temporal. Por eso, no hay que olvidar, que la proclamación del Jubileo, si bien forma parte de la capacidad del Papa de canalizar las peticiones de los fieles, es más bien «un proyecto de fortalecimiento simbólico de la autoridad papal, en el cual Bonifacio trabajó durante todo su pontificado: es él, de hecho, quien perfeccionó las representaciones pontificias»². El papa frente a las corrientes heréticas de la época, que reclamaban una mayor individualidad, reivindica la mediación eclesial necesaria para la salvación.

3 El Jubileo a través de los siglos: jalones históricos

El camino trazado por Bonifacio VIII ha perdurado a través de los siglos, sorteando las vicisitudes de cada época y manteniendo viva aquella intuición inicial que los fieles han sabido preservar hasta nuestros días. A lo largo de la secuencia de los Jubileos, descubriremos cómo cada Jubileo ha dejado una huella en la vida de muchos creyentes y ha contribuido a moldear la identidad de la comunidad cristiana. Así, el Jubileo se ha convertido en un punto de referencia espiritual que, generación tras generación, renueva y fortalece la fe.

Los Jubileos medievales: luz en medio en medio de la crisis

Muy pronto, el año de «gracia centenaria» estipulado por Bonifacio VIII se acortó. Desmarcándose de dicha propuesta, el Jubileo de 1350 se celebró tan solo cincuenta años después. Ante un papa que brillaba por su ausencia, ¿cuál pudo ser el detonante que llevó a la derogación de la norma promulgada hasta el momento? Clemente VI residía en Aviñón, lugar de residencia papal desde 1309 hasta 1378. Roma, abandonada por los papas anteriores, había entrado en decadencia, muy lejos del esplendor alcanzado en su anterior Jubileo. Alentados por este incentivo y justificados por la tradición jubilar bíblica, una embajada de romanos hizo la petición al papa para que convocara un nuevo Jubileo que ayudara a la consolidación de la ciudad. Giovanni Villani en su crónica narra el asentimiento del papa:

«Pareciendo a dicho Papa y cardenales que esperando otros cien años muchos fieles cristianos que están vivos a través de la corta vida de los hombres estarán muertos [...]. Por ello se ordenó y confirmó que dicho Jubileo y perdón fuera de cincuenta años en cincuenta años, iniciándose el año 1350».

Clemente VI convocó el segundo Jubileo de la historia, que se llevaría a cabo a partir de la navidad de 1349, mediante la bula *Unigenitus Dei Filius*. Ni la pandemia de la peste, que había asolado a Europa durante varios años, ni el terremoto que asoló Roma el 9 de septiembre de 1349, ni la “Guerra de los cien años” entre Francia e Inglaterra, impidieron que más de un millón y medio de peregrinos recorrieran las basílicas de Roma de San Pedro y San Pablo, a la que desde este Jubileo se incluía la Basílica de San Juan de Letrán. En la navidad de aquel año, Gaetani de Ceccano, delegado papal, presidió su apertura en San Pedro. Entre sus más ilustres visitantes se encontra-

² L. SCARAFFIA, *Il Giubileo*, Il Mulino, Bologna 1999, 33.

ban Luis, rey de Hungría, el escritor Francesco Petrarca, y dos futuras santas, Catalina de Siena y Brígida de Suecia.

El retorno de Gregorio XI a Roma el 14 de enero de 1377 daba fin a toda la etapa del papado en Aviñón. Aunque probablemente ya había pensado en la convocatoria del Jubileo, al proponer la Basílica de Santa María Mayor como cuarto lugar para obtener la indulgencia, lo cierto es que será su sucesor Urbano VI quien convocó el Jubileo mediante la bula *Salvator noster Unigenitus Dei Filius*, seguramente buscando afirmar su autoridad en medio del Cisma de Occidente (1378-1417). Además de fijarlo en 1390, determinó que se realizaría cada 33 años, en referencia a la vida de Cristo. Sin embargo, Urbano VI murió dos meses antes de la apertura, y fue Bonifacio IX quien, respetando las decisiones de su antecesor, lo ratificaba con la bula *Dudum felix*, y abriría un Jubileo en que se notó la ausencia de franceses y españoles que mantenían la obediencia al antipapa de Aviñón.

Pese a la fragmentación surgida, porque los antipapas habían prohibido a sus partidarios ir a Roma, Bonifacio IX convocó, contra la cadencia establecida por su predecesor y ratificada por él, un nuevo Jubileo en 1400, fundamentado en el ciclo centenario. No se conserva la bula, aunque sí el testimonio de la gran afluencia de peregrinos. Concedió la indulgencia a aquellos que fueran a diez iglesias durante diez días. Roma se vio invadida por los "*bianchi*", penitentes provenzales y franceses que llegaron con gran fervor.

El Jubileo de 1423 marcó un momento de transición para la Iglesia y el papado. El periodo tumultuoso del cisma se había cerrado con la elección de Martín V en 1417, después de más de dos años de sede vacante. El papa Colonna se enfrentó a la tarea de reconstruir la unidad de la Iglesia y reafirmar su autoridad frente al conciliarismo. Aprovechando que se

cumplían 33 años del Jubileo de 1390, el nuevo pontífice, invocando la cronología establecida por Bonifacio IX, convocó un Jubileo del que no consta bula alguna de convocatoria. Acudieron a la ciudad numerosos predicadores y confesores entre los que destacan figuras como el famoso franciscano Bernardino de Siena. Dos fueron las novedades más importantes que tuvieron lugar por primera vez: la acuñación de una moneda conmemorativa y la apertura por primera vez de una Puerta Santa, si bien en San Juan de Letrán.

Los Jubileos renacentistas: esperanza en medio de reformas

Nicolás V fue el primer papa que visitó las cuatro basílicas a pie. En 1449 convocó con la bula *Inmensa et innumerabilia* el conocido como "Jubileo de oro", recurriendo de nuevo al cómputo judío de los 50 años. El Jubileo de 1450 fue ampliamente publicitado. En medio de la afluencia masiva de peregrinos acudieron futuros santos como Juan de Capistrano, Juan de la Marca, Diego de Alcalá, Pedro Regalado, Catalina de Bolonia y Rita de Casia. Era tal el tumulto generado en el puente de Sant'Angelo que el 19 de septiembre murieron 172 personas pisoteadas o ahogadas en el río Tiber. Los ingresos del Jubileo se destinaron a la restauración de Roma, con el papa como gran mecenas de ambiciosos proyectos, entre los que destacan la Biblioteca Vaticana y la capilla privada papal pintada por Fray Angelico.

El Jubileo de 1475, convocado inicialmente por el papa Pablo II y celebrado por su sucesor Sixto IV, consolidó el ciclo de 25 años. Este cambio, alejado de fundamentaciones bíblicas o tradicionales, respondía a las necesidades del papado renacentista, cada vez más centrado en su poder temporal y la obtención de recursos financieros. Entre las razones señaladas por Pablo II en la bula de convocatoria *Ineffabili Providentia* encontramos la breve-

dad de la vida humana, las pestes y la proclividad del hombre al pecado. Sixto IV, tras la muerte de su antecesor, confirma la convocatoria con la bula *Salvator noster*, llevando a la ciudad de Roma hacia una transformación total, de ciudad medieval a renacentista, con construcciones tan emblemáticas como la Capilla Sixtina, en la que trabajaron artistas como Signorelli, Botticelli, Ghirlandaio y Peruguino. Como novedad, este Jubileo se extendió a la ciudad de Bolonia.

El Jubileo se había convertido en el latido constante del corazón de la cristiandad, que cada veinticinco años desde Roma bombeaba misericordia, gracia y perdón a un mundo necesitado del amor y la ternura divinos. El celebrado en 1500 marcó un cambio de siglo. Alejandro VI convocó el Jubileo mediante la bula *Inter multiplices*, y estableció el ceremonial de apertura y clausura de los años santos, con un fastuoso protocolo litúrgico, donde destacaba la apertura de la

Puerta Santa de San Pedro como un símbolo del acceso al perdón de Dios con alegría y júbilo. Famosa fue la sentencia del cronista Segismundo Conti que afirmó que “todo el Orbe estuvo en la Urbe”, ya que la afluencia de peregrinos fue masiva, destacando Nicolás Copérnico y Martín Lutero. Alejandro VI estableció la apertura de las puertas santas de las cuatro basílicas mayores.

Tan solo veinte años después, el panorama había cambiado totalmente, hasta el punto de que el Jubileo de 1525, convocado por Clemente VII a través de la bula *Inter sollicitudines*, ha sido llamado el Jubileo silencioso. La llegada de la Reforma Protestante, que llegó a su cenit con la legendaria colocación de las 95 tesis de Lutero en la puerta de la iglesia de Wittenberg, fue demoledora para la Iglesia. La crítica luterana había sido muy dura con la venta de indulgencias, sobre todo porque el papa las había hecho extensivas a las almas del purgatorio.



En respuesta, la Iglesia Católica buscó fortalecer su doctrina y disciplina con la convocatoria del Concilio de Trento (1545-1563), cuya apertura realizó Pablo III, papa que preparó el Jubileo de 1550. Su muerte en noviembre de 1549 impidió que se viera realizado este Jubileo que llegaba con retraso. La apertura de la puerta santa tuvo lugar el 24 de febrero por Julio III, que había convocado el Jubileo con la bula *Si pastores ovium*. Unos 50.000 peregrinos visitaron Roma, entre los que se encontraban personajes tan ilustres como Felipe Neri, Ignacio de Loyola y Francisco de Borja. El primer Jubileo extraordinario de la historia fue convocado por Pío IV en 1560, favoreciendo la oración por el Concilio que se estaba celebrando.

Los Jubileos postridentinos: un nuevo resplandor en el Barroco

Tras la clausura de Trento la Iglesia había sido reformada. El Jubileo de 1575 fue una oportunidad para mostrar el nuevo papel de la Iglesia en el mundo moderno. Gregorio XIII se dispuso a renovar la tradición jubilar llamando a toda la cristiandad, especialmente a los cardenales, a la piedad. La bula *Dominus ac Redemptor noster* convocó un Jubileo numeroso, con más de 500.000 peregrinos entre los que se encontraba Carlos Borromeo y el poeta Torcuato Tasso. En las crónicas quedará grabada la muerte de 17 personas tras el derrumbamiento de un bloque de ladrillos preparado para la apertura de la puerta santa. La visita de las siete iglesias de Roma (cuatro basílicas mayores y tres menores), instituida por Felipe Neri, se estableció como requisito para la obtención de la indulgencia durante este Jubileo.

Durante el siglo XVII, los Jubileos se convirtieron en eventos cada vez más espectaculares. Así fue el Jubileo de 1600, convocado por Clemente VIII con la bula *Annus Domini plac-*

bilis, que atrajo a tres millones de peregrinos. Los ingresos generados permitieron la financiación de grandes proyectos artísticos y arquitectónicos en Roma, como la restauración de iglesias y la construcción de nuevos espacios. Fue un gran Jubileo, en el que el propio papa, además de peregrinar setenta veces descalzo a las basílicas jubilares, confesó, sirvió la mesa y lavó los pies de muchos peregrinos, entre los que se encontraban Cesare Baronio, Roberto Belarmino y Camilo de Lelis, que ya había participado en el anterior. Ese mismo año, se colgaron los famosos cuadros de Caravaggio en San Luis de los franceses.

El Jubileo de 1625 con más de 800.000 peregrinos, fue convocado por Urbano VIII con la bula *Omnes gentes plaudite manibus*. Se caracterizó por la finalización de la actual Basílica de San Pedro que potenció la magnificencia de Roma. El papa, además de presentar a Jesús como el verdadero Jubileo, extendió la indulgencia a las monjas de clausura, eremitas, enfermos y presos.

Definido por Joaquín L. Ortega como “el Jubileo de las mujeres”, el Jubileo de 1650 fue convocado mediante la bula *Appropinquat dilectissimi Filii* por Inocencio X, famoso por haber sido retratado por Velázquez. Olimpia Maidalchini, viuda del hermano mayor del papa, se encargó de prepararlo junto a un comité de mujeres. La cadencia continuó con el Jubileo de 1675, convocado por Clemente X, con la bula *Ad apostolicae vocis oraculum*, a cuya apertura asistió la reina Cristina de Suecia. El acontecimiento más importante fue la canonización de grandes santos como Cayetano de Thiene, Francisco de Borja, Luis Beltrán y Rosa de Lima, así como la beatificación de Juan de la Cruz. En el anecdotario quedará grabada aquella comida del papa con más de trece mil peregrinos y la prohibición papal de celebrar corridas de toros en Roma.

Los Jubileos en el Siglo de las luces: entre sombras y resplandores

El declive de los Jubileos llegaría durante el siglo de las luces, donde la luz de la fe fue ensombrecida por la ilustración, el racionalismo y la *Enciclopedia*. La confrontación con la Iglesia se materializó en el antijesuitismo que llevó a la supresión de la Compañía de Jesús por Clemente XIV. La institución jubilar sufrió un proceso de anquilosamiento caracterizada por la rutina. La única novedad del Jubileo de 1700 fue que la puerta santa fue abierta por Inocencio XII y cerrada por Clemente XI. Inocencio XII, que había convocado el Jubileo de 1700 con la bula *Regi saeculorum*, ni siquiera pudo asistir a la apertura de la puerta santa por su enfermedad. Con la llegada del fraile dominico Benedicto XIII como papa, el Jubileo de 1725, convocado con la bula *Redemptor et Dominus noster*, fue más austero. En él se canonizaron a los santos españoles Toribio de Mogrovejo y Juan de la Cruz, y al jesuita Luis Gonzaga.

Después de haber tocado fondo, el Jubileo vuelve a su gran esplendor con Benedicto XIV.

El Jubileo de 1750, convocado con la bula *Peregrinantes a Domino*, contó con la presencia de grandes predicadores y confesores como Leonardo de Puerto Mauricio. Voltaire, amigo del papa, llegó a decir: "Un Jubileo más, y se acabó la filosofía". Y es que fue un gran Jubileo, en el cual, además de inaugurarse una nueva Puerta Santa, se edificaron 14 capillas en el Coliseo, junto a una cruz central.

Pero la luz se apaga de nuevo. La paz parecía haber llegado a su fin. El auge del despotismo ilustrado y la disolución de la Compañía de Jesús (1773) ensombrecieron aún más el anodino Jubileo de 1775. La muerte de Clemente XIV, que lo había convocado con la bula *Salus nostrae auctore*, retrasó la apertura de la puerta santa hasta finales de febrero, por Pío VI, famoso papa apresado por Napoleón y deportado a Francia, que había confirmado la convocatoria con la bula *Sumo Dei*, primera promulgada en italiano.

El nuevo siglo no entró con buen pie. Hasta el punto de que el primer Jubileo de paso de siglo que no se ha celebrado hasta ahora ha sido el de 1800. Los problemas causados por



el futuro emperador francés fueron infinitos hasta que la batalla de Waterloo (1815) puso fin a su expansión y trajo consigo el periodo de Restauración. Esto permitió convocar a León XII, mediante la bula *Quod hoc iunte saeculo*, el Jubileo de 1825. Fue un Jubileo sobrio, pero que reunió en Roma a más de 35.000 peregrinos.

No ocurrió la misma suerte con el Jubileo que debería haber sido convocado en 1850 por Pío IX, que tras su vuelta en abril de su exilio en Gaeta, provocado por el *Risorgimento*, vio que era demasiado tarde para su convocatoria. Sí que pudo convocar el Jubileo de 1875 a pesar de estar encerrado en los muros del Vaticano debido a la ocupación de Roma por las tropas de Garibaldi desde septiembre de 1870. Pío IX ni pudo concluir el Concilio Vaticano I, ni tampoco abrir la puerta santa, dificultades que no lograron disuadirlo de convocar el Jubileo, mediante la bula *Gravibus Ecclesiae*, al que acudieron los primeros peregrinos neoyorquinos de la historia.

Los Jubileos en la Edad Contemporánea: del silencio a los grandes jubileos

A pesar de los desafíos con los que se enfrentaba la Iglesia, los Jubileos del s. XX recuperaron su importancia y se adaptaron a la modernidad. En 1900, León XIII convoca el Jubileo con la bula *Properante ad Exitum Saeculo*. En medio de un papado despojado de su poder temporal, se buscó revitalizar la fe del pueblo que acudió con gran devoción. La singularidad de su apertura residió en un martillo de oro, costado por los obispos de todo el mundo, con el cual el papa abrió la puerta santa. Un gran Jubileo al que acudieron 600.000 peregrinos y que vio la canonización de Juan Bautista de la Salle, Rita de Casia, Giuseppe Benedetto Labre y Antonio M^a Zaccaria.

El papa Pío XI, en 1925, promovió el nuevo Jubileo por medio de congresos, al que acudieron cerca de un millón de peregrinos. La bula *Infinita Dei Misericordia*, convocó el Jubileo en el que se canonizaron a Teresa



de Lisieux, Pedro Canisio, Juan M^a Bautista Vianney, Juan Eudes y Magdalena Sofía Barat. El mismo papa, para conmemorar el aniversario de la muerte y resurrección de Cristo, convocó un jubileo extraordinario en 1933 con la bula *Quod nuper* mediante un mensaje radiofónico. El cénit del jubileo llegó el 1 de abril de 1934. Más de 300.000 personas acudieron a la canonización del “apóstol de la juventud”. San Juan Bosco, fundador de los salesianos, a quien el propio papa había conocido siendo joven sacerdote, era inscrito en la lista de los santos.

El auge de los jubileos volvió con el Gran Jubileo de 1950 convocado por Pío XII, con la bula *Jubileum Maximum*. En él se proclamó, el 1 de noviembre, el dogma de la Asunción de María y se anunció, en la ceremonia de clausura, el descubrimiento de que el sepulcro de San Pedro se encontraba bajo el baldaquino del altar mayor de la Basílica San Pedro. Un año de numerosas canonizaciones como las de Maria Goretti y Antonio M^a Claret, y de la beatificación de Domingo Savio, canonizado cuatro años después. En 1954 Pío XII volvió a convocar otro jubileo, esta vez extraordinario, mediante la bula *Fulgens corona*, en el que quería hacer un homenaje a la Virgen tras el primer centenario de la definición dogmática de su Concepción Inmaculada.

El Concilio Vaticano II, iniciado por Juan XXIII, dio un giro radical a una Iglesia que se había preguntado sobre su propia identidad en el mundo contemporáneo. Pablo VI, convocó el nuevo jubileo de 1975, diez años después de haber clausurado el Concilio. Era la primera vez que las cámaras de televisión captaban el momento de apertura de la puerta santa. Fue convocado mediante la bula *Apostolorum limina*. Se habla de hasta diez millones de peregrinos aquel año. Un beso a los pies del metropolitano ortodoxo Melitón de Calcedonia clausuró la misa de clausura celebrada en la Capilla Sixtina.

Juan Pablo II fue el primer papa en convocar tres jubileos. El jubileo de la Redención de 1983, convocado con la bula *Aperite portas Redemptori*, conmemoraba el 1950 aniversario de la muerte y resurrección de Cristo. El Domingo de Ramos de 1984 vio nacer las Jornadas Mundiales de la Juventud (JMJ). El de 1987 fue un jubileo mariano, que si bien no contó con una bula de promulgación, reflexionó sobre el papel de María en el Misterio de Cristo a través de la encíclica *Redemptoris mater*. El Gran Jubileo del 2000, seguramente recordado por alguno de estos lectores, fue un evento de gran envergadura, el mejor preparado de toda la historia jubilar. Fue convocado con la bula *Incarnationis Mysterium*, y reunió a treinta millones de peregrinos en Roma. Uno de los acontecimientos más importantes fue la celebración de la Jornada Mundial de la Juventud en la que participaron más de dos millones de jóvenes.

El siglo XXI no verá un nuevo jubileo hasta el 2015. A través de la bula *Misericordiae Vultus* el papa Francisco convocaba un nuevo jubileo extraordinario, con ocasión del 50 aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II. El 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción, la apertura de la puerta santa en San Pedro fue la primera de todos los jubileos que ha contado con la presencia de dos papas. Benedicto XVI, que había renunciado en 2013, acudió al evento como papa emérito. Entre las características distintivas de este jubileo encontramos la apertura de puertas de la misericordia en catedrales, santuarios, hospitales y cárceles de todo el mundo. De hecho, fue la primera vez que se abrió una puerta santa antes que en San Pedro, en la catedral de Bangui (República Centroafricana). Otra peculiaridad es que no solo se celebró en Roma, sino en todas las diócesis del mundo. El papa instituyó a los misioneros de la misericordia, a quienes les confió el poder de perdonar pecados reservados a la Santa Sede.

Un nuevo Jubileo, convocado con la bula *Spes non confundit* (La esperanza no defrauda), continúa con la cadencia regular, veinticinco años después del Gran Jubileo del 2000. Los dos años previos de preparación han sido dedicados a redescubrir la enseñanza conciliar (2023) y la oración (2024). La puerta santa ha sido abierta el 24 de diciembre de 2024 y se clausurará el 6 de enero de 2026. Este nuevo Jubileo ofrecerá a la Iglesia una nueva oportunidad para continuar su renovación y ofrecer un mensaje de esperanza a un mundo que enfrenta numerosos desafíos. Un año en el que estamos llamados a ser signos tangibles de esperanza [n. 10].

Este evento será conmemorado con diversas efemérides que quedarán grabadas en la historia de la Iglesia futura, como la celebración de los 1700 años del Concilio Ecuménico de Nicea, y las canonizaciones Carlo Acutis y Pier Giorgio Frassati. Entre los eventos más destacados, sin duda, figurará el Jubileo de los Jóvenes, que se celebrará del 28 de julio al 3 de agosto.

4 Cristo es el verdadero Jubileo: ¿Por qué se celebra cada 25 años?

En el origen el Jubileo fue pensado por Bonifacio VIII como una celebración cada cien años. Sin embargo, la delegación romana que visitó a Clemente VI lo convenció para que la celebración tuviera lugar cada cincuenta años. La norma se incumplió de nuevo con Urbano VI quien establece que se hiciera cada treinta y tres años. Aunque Nicolás V recuperase el cómputo anterior, volviéndolo a celebrar a los cincuenta años en 1450, veinticinco años más tarde, Pablo II reduce la cadencia cada veinticinco años, intervalo que se ha mantenido hasta el día de hoy, a excepción de los Jubileos



de 1800 y 1850. De este modo, cada veinticinco años, la Iglesia abre sus brazos al mundo, ofreciendo un bálsamo para el alma, un tiempo de renovación, un llamado a la conversión, una oportunidad para dejar atrás el peso del pecado. La cadencia ha sido interrumpida por los abundantes Jubileos extraordinarios. Aunque hemos hablado de algunos en la historia de los Jubileos, no hemos hablado de todos, por ser más de ochenta.

Probablemente la primera definición jubilar se la debemos a Pablo II, que en su bula de proclamación nos dice: «El Jubileo es año de remisión y de gracia plenarias; año de reconciliación del género humano con nuestro misericordiosísimo Redentor». El Jubileo es un puente hacia la gracia que es Cristo, una invitación a cruzar hacia el perdón y la misericordia de Dios. Se convierte así en un eco de lo sagrado que toca el interior de la persona y nos recuerda que la gracia está siempre presente, esperando a quien la desee recibir.

Desde sus raíces judías, el Jubileo ha simbolizado un tiempo de liberación, que encuentra en Cristo su verdadero culmen: él es el verdadero Jubileo. En palabras de Juan Pablo II «el Jubileo es un año de gracia del Señor, año de perdón de los pecados y de las penas por los pecados, año de reconciliación entre los adversarios, año de múltiples conversiones y de penitencia sacramental y extrasacramental».

Cada Jubileo posee una intención particular que resuena tanto en el corazón de la Iglesia como en cada creyente. Según Rino Fisichella, «el sentido de todo Jubileo consiste en anunciar de modo eficaz la gracia del perdón y de la misericordia³. A él escribe el papa Francisco una carta afirmando cómo «el pueblo fiel de Dios ha vivido esta celebra-

ción como un don especial de gracia, caracterizado por el perdón de los pecados y, en particular, por la indulgencia, expresión plena de la misericordia de Dios».

La tradición de los Jubileos en la Iglesia también está vinculada a la concesión de indulgencias, como un medio tangible para que los fieles experimenten la gracia. Es un año especial para acercarse a los sacramentos, hacer actos de penitencia y recibir la paz del perdón. Al abrirse a esta gracia, cada persona se convierte en terreno fértil para un amor que resatura. Este tiempo es un símbolo de esperanza, una puerta abierta para que la humanidad abrace la luz que solo la gracia puede ofrecer a los *Peregrinos de la Esperanza*.

FRANCISCO JAVIER ALCEDO RUIZ, SDB



BIBLIOGRAFÍA

- V. DE CADENAS Y VICENT, *Evocación de los años santos*, Hidalguía, Madrid 1974.
- F. JIMÉNEZ, *Jubileo 2000: Todos los Jubileos de la Historia. Materiales de trabajo*, Editorial CCS, Madrid 1999.
- J. DE LAS HERAS MUELA, *Breve historia de los jubileos romanos*, BAC, Madrid 2016.
- R. FISICHELLA, *Los signos del Jubileo*, Sal Terrae, Santander 2015.
- A. FRUGONI, *Pellegrini a Roma nel 1300: cronache del primo Giubileo*, Piemme, Casale Monferrato 1999.
- J. L. SKA, *Compendio de Antiguo Testamento: Introducción, temas y lecturas*, Verbo Divino, Estella 2017.
- J. L. ORTEGA, *Los jubileos: su historia y sentido*, BAC, Madrid 2000.
- L. SCARAFFIA, *Il Giubileo*, Il Mulino, Bologna 1999.
- J. B. LOBATO, *El Jubileo en la Sagrada Escritura*, BAC, Madrid 2000.

³ R. FISICHELLA, *Los signos del Jubileo*, Sal Terrae, Santander 2015, 8.